

*De Creyentes,  
y  
Fantasmas  
Muertos*






# ANTOLOGÍA DE JORGE LUIS BORGES



1. "DONDE SU FUEGO NUNCA SE APAGA". MAY SINCLAIR
2. "EL ESCARABAJO DE ORO". EDGAR ALLAN POE
3. "LOS EXPULSADOS DE POKER-FLAT". FRANCIS BRET HARTE
4. "EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS". JOSEPH CONRAD
5. "EL JARDINERO". RUDYARD KIPLING
6. "EL CUENTO MÁS HERMOSO DEL MUNDO". RUDYARD KIPLING
7. "BOLA DE SEBO". GUY DE MAUPASSANT
8. "LA PATA DE MONO". WILLIAM WYMARK JACOBS
9. "EL DIOS DE LOS GONGS". GILBERT KEITH CHESTERTON
10. "HISTORIA DE ABDULA, EL MENDIGO CIEGO".  
LAS MIL Y UNA NOCHES
11. "LOS REGALOS PERFECTOS". O'HENRY
12. "DE LO QUE ACONTECIÓ A UN DÉAN DE SANTIAGO  
CON DON ILLÁN, EL GRAN MAGO QUE VIVÍA EN TOLEDO".  
INFANTE DON JUAN MANUEL



---

\* Borges, Jorge Luis. *Cuentos memorables según Borges*. Bogotá: Extra Alfaguara. 2007.



Cultura Ijca (Colombia)

## El mama que inventó la muerte

Al principio los indios no se morían: cuando ya estaban viejecitos y cansados se convertían en piedras. Y el mundo se llenó de piedras que ya no cabían. Entonces, vino el Mama Seukún y los convirtió en hombres otra vez y siguieron viviendo un tiempo, pero el mundo se volvió a llenar de hombres. Entonces, Mama Seukún trajo las enfermedades, las soltó y así inventó la muerte.

Jorge Luis Borges y Delia Ingenieros

## Odín

Se refiere que a la corte de Olaf Tryggvason, que se había convertido a la nueva fe, llegó una noche un hombre viejo, envuelto en una capa oscura y con el ala del sombrero sobre los ojos. El rey le preguntó si sabía hacer algo; el forastero contestó que sabía tocar el arpa y contar cuentos. Tocó en el arpa aires antiguos, habló de Gudrun y de Gunnar y, finalmente, refirió el nacimiento de Odín. Dijo que tres parcas vinieron,

que las dos primeras le prometieron grandes felicidades y que la tercera dijo, colérica: “El niño no vivirá más que la vela que está ardiendo a su lado”. Entonces, los padres apagaron la vela para que Odín no muriera. Olaf Tryggvason descreyó de la historia; el forastero repitió que era cierta, sacó la vela y la encendió. Mientras la miraban arder, el hombre dijo que era tarde y que tenía que irse. Cuando la vela se hubo consumido, lo buscaron. A unos pasos de la casa del rey, Odín había muerto.

Anónimo

## EL NEGADOR DE MILAGROS

Chu Fy Tze, negador de milagros, había muerto; lo velaba su yerno. Al amanecer, el ataúd se elevó y quedó suspendido en el aire, a dos cuartas del suelo. El piadoso yerno se horrorizó. “Oh, venerado suegro”, suplicó. “No destruyas mi fe de que son imposibles los milagros”. El ataúd, entonces, descendió lentamente, y el yerno recuperó la fe.

Nozhat el Djallas

## PELIGROS DEL EXCESO DE PIEDAD

Un día en que Abu Nonas visitaba a un amigo, el techo empezó a crujir.

—¿Qué es eso?— preguntó

—No temas, es el techo que alaba al Señor.

En cuanto oyó estas palabras, Abu Nonas salió de la casa.

—¿A dónde vas?— le preguntó el amigo.

—Temo que aumente su devoción— contestó Abu Nonas —y que se prosterne estando yo adentro.

Gabriel Cristián Taboada

## El cielo ganado

El día del Juicio Final, Dios juzga a todos y cada uno de los hombres.

Cuando llama a Manuel Cruz, le dice:

—Hombre de poca fe. No creíste en mí. Por eso no entrarás en el Paraíso.

—Oh Señor— contesta Cruz —es verdad que mi fe no ha sido mucha. Nunca he creído en Vos, pero siempre te he imaginado. Tras escucharlo, Dios responde:

—Bien, hijo mío, entrarás en el cielo; mas no tendrás nunca la certeza de hallarte en él.

M. R. Werner

## EL PELIGROSO TAUMATURGO

Un clérigo que descreía del mormonismo fue a visitar a Joseph Smith, el profeta, y le pidió un milagro. Smith le contestó:

—Muy bien, señor. Lo dejo a su elección. ¿Quiere usted quedar ciego o sordo? ¿Elige la parálisis, o prefiere que le seque una mano? Hable, y en el nombre de Jesucristo yo satisfaré su deseo.

El clérigo balbuceó que no era ésa la clase de milagro que él había solicitado.

—En tal caso, señor— dijo Smith —usted se va a quedar sin milagro. Para convencerlo a usted no perjudicaré a otras personas.

George Loring Frost

## Un creyente

Al caer de la tarde, dos desconocidos se encuentran en los oscuros corredores de una galería de cuadros. Con un ligero escalofrío, uno de ellos dijo:

—Este lugar es siniestro. ¿Usted cree en fantasmas?

—Yo no— respondió el otro —¿Y usted?

—Yo sí— dijo el primero y desapareció.

Ah'med El Qalyubi

## TEMOR DE LA CÓLERA

En una de sus guerras, Alí derribó a un hombre y se arrodilló sobre su pecho para decapitarlo. El hombre le escupió en la cara. Alí se incorporó y lo dejó. Cuando le preguntaron por qué había hecho eso, respondió:

—Me escupió en la cara y temí matarlo estando yo enojado. Sólo quiero matar a mis enemigos estando puro ante Dios.

Kostas Axelos

## La muerte (y el amor a la vida)

Una vez un mandarín chino propuso esta medida al gobernador de una provincia, quien no tardó en adoptarla. En el momento en que la víctima debía posar la cabeza sobre el taco para que el verdugo se la pudiese cortar, un caballero enga-

lanado llegaba al galope y exclamaba: ¡Deteneos! ¡El Sire ha concedido su gracia al condenado a muerte! En ese instante de euforia suprema, el verdugo cortaba la cabeza del feliz mortal.

Kostas Axelos

## Las voces del silencio (el fin tecno-lógico y escato-lógico y el comienzo)

Por fin la energía atómica encadenada se ha liberado y ha destruido toda vida humana sobre el planeta. Sólo se ha escapado un habitante de un rascacielos de Chicago. Después de haber comido y bebido todo lo que tenía en su heladera, leído, visto, mirado y escuchado su biblioteca ideal, su museo imaginario y su discoteca real, desesperado al ver que no se moría, decide suprimirse y se tira al vacío desde el piso cuarenta. Justo en el momento en que pasa por el departamento del primer piso, oye sonar el teléfono.

Jorge Luis Borges

### 1983

En un restaurante del centro, Haydée Lange y yo conversábamos. La mesa estaba puesta y quedaban trozos de pan y quizá dos copas; es verosímil suponer que habíamos comido juntos. Discutíamos, creo, un filme de King Vidor. En las copas quedaría un poco de vino. Sentí con un principio de tedio que yo repetía cosas ya dichas y que ella lo sabía y me contestaba de manera mecánica. De pronto recordé que Haydée Lange había muerto hace mucho tiempo. Era un fantasma y no lo sabía. No sentí miedo; sentí que era imposible y quizá descortés revelarle que era un fantasma, un hermoso fantasma.

El sueño se ramificó en otro sueño antes de que yo me despertara.

Jean Cocteau

## EL GESTO DE LA MUERTE

Un joven jardinero persa dice a su príncipe:

—¡Sálvame! Encontré a la Muerte esta mañana. Me hizo un gesto de amenaza. Esta noche, por milagro, quisiera estar en Ispahán.

El bondadoso príncipe le presta sus caballos. Por la tarde, el príncipe encuentra a la Muerte y le pregunta:

—Esta mañana, ¿por qué hiciste a nuestro jardinero un gesto de amenaza?

—No fue un gesto de amenaza— le responde —sino un gesto de sorpresa, pues lo veía lejos de Ispahán esta mañana y debo tomarlo esta noche en Ispahán.

Fergus Nicholson

## Nosce te ipsum

El Mahdi cercaba con sus hordas a Khartum, defendida por el general Gordon. Hubo enemigos que se pasaron a la ciudad sitiada. Gordon los recibía uno por uno y les indicaba un espejo para que se miraran. Le parecía justo que un hombre conociera su cara antes de morir.

Germán Santamaría

## MORIR ÚLTIMO


Mire, mijo, ahora antecitos de que se pierda en el llano, le quiero decir esto para que lo tenga muy en cuenta: la cosa no es ir sino volver. No es que se trate de sacarle el juste o el cuerpo al compromiso. Desde mucho antes se sabía que algún día tocaría ir. Pero eso sí, siempre hay que tirar a que los otros pongan los muertos. Mientras menos mueran de los nuestros mejor. No es miedo a la muerte, sólo es querer que estén más a la hora del triunfo. Uno siempre debe procurar morir último.

Wu Ch'eng-En

## LA SENTENCIA

Aquella noche, en la hora de la rata, el emperador soñó que había salido de su palacio y que en la oscuridad caminaba por el jardín, bajo los árboles en flor. Algo se arrodilló a sus pies y le pidió amparo. El emperador accedió; el suplicante dijo que era un dragón y que los astros le habían revelado que al día siguiente, antes de la caída de la noche, Wei Cheng, ministro del emperador, le cortaría la cabeza. En el sueño, el emperador juró protegerlo.

Al despertarse, el emperador preguntó por Wei Cheng. Le dijeron que no estaba en el palacio; el emperador lo mandó buscar y lo tuvo atareado el día entero para que no matara al dragón y hacia el atardecer le propuso que jugaran al ajedrez. La partida era



larga, el ministro estaba cansado y se quedó dormido.

Un estruendo conmovió la tierra. Poco después irrumpieron dos capitanes, que traían una inmensa cabeza de dragón empapada en sangre. La arrojaron a los pies del emperador y gritaron:

—Cayó del cielo.

Wei Cheng, que había despertado, la miró con perplejidad y observó:

—Qué raro, yo soñé que mataba a un dragón así.

Las mil y una noches

## El juramento del cautivo

El Genio dijo al pescador que lo había sacado de la botella de cobre amarillo:

—Soy uno de los genios heréticos y me rebelé contra Salomón, hijo de David —¡que sobre los dos haya paz! Fui derrotado; Salomón, hijo de David, me ordenó que abrazara la fe de Dios y que obedeciera sus órdenes. Rehusé; el Rey me encerró en ese recipiente de cobre y estampó en la tapa el Nombre Muy Alto, y ordenó a los genios sumisos que me arrojaran en el centro del mar. Dije en mi corazón: a quien me dé la libertad, lo enriqueceré para siempre. Pero un siglo

entero pasó, y nadie me dio la libertad. Entonces dije en mi corazón: a quien me dé la libertad, le revelaré todas las artes mágicas de la tierra. Pero cuatrocientos años pasaron y yo seguía en el fondo del mar. Dije entonces: a quien me dé la libertad, yo le otorgaré tres deseos. Pero novecientos años pasaron. Entonces, desesperado, juré por el Nombre Muy Alto: a quien me dé la libertad, yo lo mataré. Prepárate a morir, oh mi salvador.

I. A. Ireland

## FINAL PARA UN CUENTO FANTÁSTICO

—¡Qué extraño!\_ dijo la muchacha, avanzando cautelosamente. —¡Qué puerta más pesada!

La tocó, al hablar, y se cerró de pronto, con un golpe.

—¡Dios mío!\_ dijo el hombre. —Me parece que no tiene picaporte del lado de adentro. ¡Cómo, nos ha encerrado a los dos!

—A los dos, no. A uno solo— dijo la muchacha.

Pasó a través de la puerta y desapareció.

Thomas Bailey Aldrich

## Sola y su alma

Una mujer está sentada sola en su casa. Sabe que no hay nadie más en el mundo: todos los otros seres han muerto.  
Golpean a la puerta.

Robert Quintin Penn

## I tried...

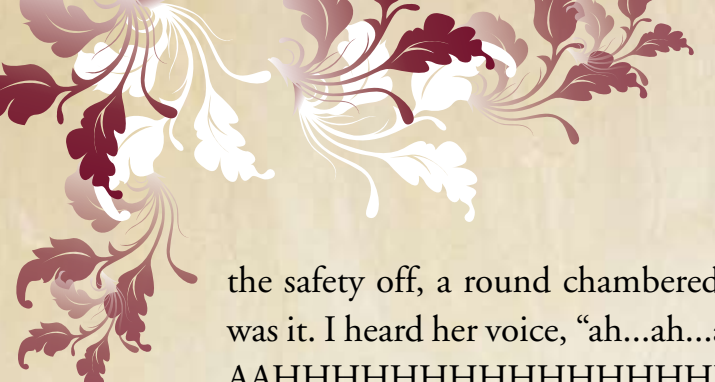
Tag it:

What went wrong? Why didn't I make the kill? I will tell you. The woman who was my target is an opera singer. I went to school with her, lived a few doors down from her, went to church with her, and let me tell you, I cannot stand her. I hate her. With the souls of a thousand burning men I hated this woman. I got into the murder-for-hire field, and wouldn't you know it, I actually had someone willing to pay me 100 grand to kill her. The man wanted her dead, I wanted her dead, and I was going to be filthy rich. At the time this deal was being struck, the target had moved to a different residence, but was still doing what she did best; sing. To the opera house I went.

The gun I chose was a .22 Henry, or Winchester, hell if I know. It shot bullets, it had a scope, and it could disassemble and stow in the stock. When it comes to shooting, I am a terrible shot. I needed

the scope, but I had to be far enough back that I could both not be seen and escape quickly. Through a rear entrance was a set of stairs leading up to a catwalk. I would simply have to shoot, run down the stairs, and get out of there. My getaway vehicle was a simple moped. Fast, nimble, and agile. It'd get me away and quickly. Now here comes the good part. This is why I ended up not being able to kill her.

My moped was in the back ally, I had my little rifle, and the back was completely free of people. I snuck in, ran up the stairs, and assembled my gun. Then, I just waited for the opportune time. Looking through the scope, I could see her singing, dressed as a Valkyrie, singing that classic Wagner opera piece. Funny thing was, I decided to sit there, listening to some of the songs. Then I got my act together and prepared to make the kill. The cross-hairs aligned,



the safety off, a round chambered, this was it. I heard her voice, “ah...ah...ah..... AAHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHH!” Just before the high pitched note ended, the lenses in my scope broke. Can you believe that? So it is true that a person can break glass with their voice!

“I’ll let her live.” I murmured, as I went down the stairs to my awaiting moped. “So that’s why her husband’s ears were bleeding when he arranged the hit with me...” I jumped on, and sped away for home.

Copyright 2007 Robert Quintin Penn  
Mariana Ramos Venegas

## INSTINTO DE PLENITUD

Juan ya lo había visto todo. Estaba desesperado. Sentado en el borde de una terraza en el último piso, miraba atónito a un mundo vacío. Le dolía no haberse dado cuenta antes, ya no quería estar ahí. Quería irse a otro lugar, pero sabía que en todos lados sería igual, era imposible escapar de ese mundo porque tendría que escapar de la vida misma. Pensaba en esa solución. Lo mareaba el olor de la codicia; lo asqueaba el color de la mentira; no quería seguir oyendo las palabras de odio; y no le gustaba cómo se sentía la soledad.

Estaba a un paso de cerrarle la puerta a esa vida que lo aterrorizaba y a ese mundo que odiaba. Cada vez que trataba, ahogaba sus recuerdos con los gritos

de quienes lo miraban desde abajo. No entendía muy bien lo que decían, el sonido se perdía y llegaba débil a sus oídos, tampoco sabía por qué lo hacían, si él nunca los había visto, no los conocía.

Cuando se sintió decidido a dar el paso final, lo interrumpió el sonido, esta vez claro, de una voz conocida, pero ahora triste, melancólica y vacía. Él no quiso voltear a mirarla, ya estaba decidido y no iba a dejar que nadie lo impidiera. Ella se acercó lentamente, no quería provocar alguna reacción imprevista, aunque en ese momento todo parecía inevitable.

Juan no le iba a pedir que se marchara, no quería parecer vulnerable ante la presencia de cualquier persona, ni siquiera de Ana, la mujer que más lo amaba, quien le había dado la oportunidad de ver por primera vez la luz, y quien ahora no quería verlo marcharse en medio de la oscuridad.

Estaba hermosa, aun con su rostro cubierto de lágrimas, todo su maquillaje lo había arrasado la corriente de su llanto. Tenía el mismo vestido de aquella noche, cuando lo hizo desear no querer volver a ver el día. Cuando Ana por fin llegó a su destino, a paso lento, pasó su mano cuidadosamente sobre el hombro de su hijo, él no se movió. Ana tenía tantas cosas que decirle pero sentía que el tiempo corría en su contra.

Juan cerró sus ojos, y logró ser inmune a los desconocidos gritos, al viento que golpeaba fuertemente su cara y a la presencia de su madre.

Había llegado la hora.

Pero antes tenía que recordar nuevamente qué lo había llevado hasta allá. La escena se repitió esta vez más real, más fría, más oscura. La puerta de su casa destrozada. Los gritos aterradores de su madre. El desespero de su padre, mientras corría de un lado a otro para intentar poner a salvo a su familia. Luego, una voz gruesa, aterradora, que se sentía cada vez más cerca. Sus pasos eran tan fuertes, como de gigante, y podía percatarse de la brusquedad de sus movimientos. Al piso, de forma simultánea con las pisadas, cayeron como truenos todos los floreros del pasillo; esa persona quería que se enteraran de su presencia. Mientras más se demoraba en encontrarlos, más maldecía, más duro gritaba, más violentamente se movía.

De repente, la chapa se agitó bruscamente, Juan no entendía por qué ese hombre sabía el nombre de su padre. Diego, en un

último intento por salvar a su familia, los escondió tras un viejo biombo. Los besó. En sus ojos se veía que sabía que dentro de poco conocería su final. Él no hubiera querido que las cosas fueran así. Cuando el hombre por fin pudo abrir la puerta y entrar, Juan intentó gritar pero su voz se resistía a salir, quiso correr para defenderlo, pero todo esfuerzo sería inútil. Ya era demasiado tarde. Un disparo acababa de matar su esperanza.

Cuando Juan volvió a abrir los ojos, se paró en la baranda y dio un paso hacia el vacío, que parecía un poco más lleno que la vida que había dejado atrás. Mientras Ana, en un intento fallido por aferrarlo a ella e interrumpir lo necesario, era invadida, plagada por la eterna soledad que en su futuro la estaba aguardando. La memoria sería su peor enemiga.

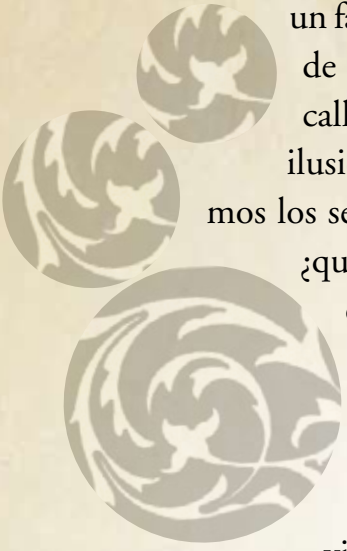
Diez años y un disparo habían sido suficientes para que Juan entendiera cuándo había dejado de ser feliz.

Thomas Carlyle

## UN AUTÉNTICO FANTASMA

¿Habría algo más prodigioso que un auténtico fantasma? El inglés Johnson anheló, toda su vida, ver uno; pero no lo consiguió, aunque bajó a las bóvedas de las iglesias y golpeó féretros. ¡Pobre

Johnson! ¿Nunca miró las marejadas de vida humana que amaba tanto? ¿No se miró siquiera a sí mismo? Johnson era un fantasma,



un fantasma auténtico; un millón de fantasmas lo codeaba en las calles de Londres. Borremos la ilusión del Tiempo, compendiamos los sesenta años en tres minutos, ¿qué otra cosa era Johnson, qué otra cosa somos nosotros? ¿Acaso no somos espíritus que han tomado un cuerpo, una apariencia y que luego se disuelven en aire y en invisibilidad?

Alexandra David-Neel

## La persecución del maestro

Entonces el discípulo atravesó el país en busca del maestro predestinado. Sabía su nombre: Tilopa; sabía que era imprescindible. Lo perseguía de ciudad en ciudad, siempre con atraso.

Una noche, famélico, llama a la puerta de una casa y pide comida. Sale un borracho y con voz estrepitosa le ofrece vino. El discípulo rehúsa, indignado. La casa entera desaparece; el discípulo queda solo en mitad del campo; la voz del borracho le grita: Yo era Tilopa.

Otra vez un aldeano le pide ayuda para cuerear un caballo muerto; asqueado, el discípulo se aleja sin contestar; una burlesca voz le grita: Yo era Tilopa.

En un desfiladero un hombre arrastra del pelo a una mujer. El discípulo ataca al forajido y logra que suelte a su víctima. Bruscamente, se encuentra solo y la voz le repite: Yo era Tilopa.

Llega, una tarde, a un cementerio; ve a un hombre agazapado junto a una hoguera de ennegrecidos restos humanos; comprende, se prosterna, toma los pies del maestro y los pone sobre su cabeza. Esta vez Tilopa no desaparece.



Flor María Ávila M.

## CUENTO SIN NOMBRE

Sara empezó a sentir que se diluía, entonces tuvo que acercarse al espejo para constatar que no era cierto, que seguía viva y en pie. Sin embargo, sospechaba que en cualquier momento vería el hilo de su ser escurrirse por las rendijas del piso de madera, que pronto se encontraría hecha un pozo sobre el polvo seco debajo del tablado.

Volvió a mirarse en el espejo, pero esta vez se fijó en sus ojos, que al principio sólo eran sombras oscuras en el rostro, luego de un esfuerzo, pudo distinguir con claridad su mirada. Entonces respiró profundo, cerró los ojos como por inercia, y los volvió a abrir con fuerza.

Al abrir los ojos, Sara ya no estaba frente a su espejo, sino en medio de un prado verde grande del cual brotaban falsamente flores geométricamente orga-

nizadas. Algunas, acompañadas por helechos, otras por palmitos, pero la mayoría eran ramos de flores de varios colores que no decían nada...


En todos los lugares donde quiera que había flores, había una placa con algún nombre. Cuando Sara leyó el que aparecía en la inscripción que tenía en frente, se quedó perpleja: pues decía: "SARA".

Volvió a cerrar los ojos con más fuerza, pero ya no le fue posible regresar al espejo, entonces comprendió que había sido en vano todo su esfuerzo por no diluirse.

Marco Bruto

## LA APUESTA FINAL

No apostaba por plata, lo hacía por el frío y metálico placer de tener siempre la razón. El juego era un reto a su audacia: se sentía inteligente y temerario. El riesgo es la única emoción válida, suspiraba. Exponía su prestigio cubierto por alguna ecuación y, con dinero, sólo bajo el cálculo minucioso de una mayor intensidad. Los filósofos asumen que la razón es esclava de las pasiones; en su caso sucedía al contrario. Los instintos seguían dócilmente al raciocinio y, si la ocasión pintaba propicia, según las probabilidades, se despertaban. De lo contrario, ambición-compuciscencia-venganza, permanecían dormidas y expectantes indicando su presencia con un leve cosquilleo. Con la claridad y distinción de las ideas venció el miedo a los terremotos y el pánico a los aviones; informándose bien y actuando en consecuencia. Con su hijo practicó el méto-



do y funcionó. Cuando el terremoto de enero, le dijo: “colócate bajo el marco de la puerta, los expertos lo indican como el lugar más seguro, imagínate en un columpio cósmico y disfruta los veinte segundos de diversión gratuita.” El razonamiento rápido y la voz calma del padre hipnotizaron al hijo. El sacudón pasó sin sobresaltos. También, mediante el análisis, derrotó el miedo a los aviones. El teorema de Poisson le enseñó que la buena y la mala suerte es un asunto de números. Abordó su primer vuelo a los veintidós años, con algunas fobias y mucho de lógica. Muerto del susto, razonó de esta forma: “La aviación es el medio de transporte más seguro. A diario hay miles de vuelos donde no pasa nada y no tenemos noticia”. No news, good news. “Cada cierto tiempo sabemos de tragedias en algún lugar del mundo que, al sumarse, incendian nuestra temerosa imaginación animal; una posibilidad en millones es el premio mayor de esa nefasta lotería. Y Noventa y nueve de cada cien accidentes, ocurren en los dos minutos del despegue o del decolaje, lo demás es vuelo tranquilo”. De ahí concluyó: “por tanto, me asustaré sólo cuatro minutos durante el vuelo; y, en el intermedio a gozar de la vida” En su caso, solucionar algún rompecabezas matemático. Y así lo hizo. El triunfo sobre los instintos lo redondeó con la ayuda estoica, ese maravilloso sistema experimental de ética.

Practicó durante años, como Descartes, el principio: Debemos desear lo inevitable, aunque sean desgracias, anhelando al momento del despegue, una mayor velocidad, incrementada al vértigo. Y en el decolaje, más y más rápida la caída. Desaparecieron los síntomas del terror, incluso la sensación llegó a disfrutarse al extremo de convertirse en frustración y hastío al no darle ‘la talla’ el acelerador y el freno de los aviones.

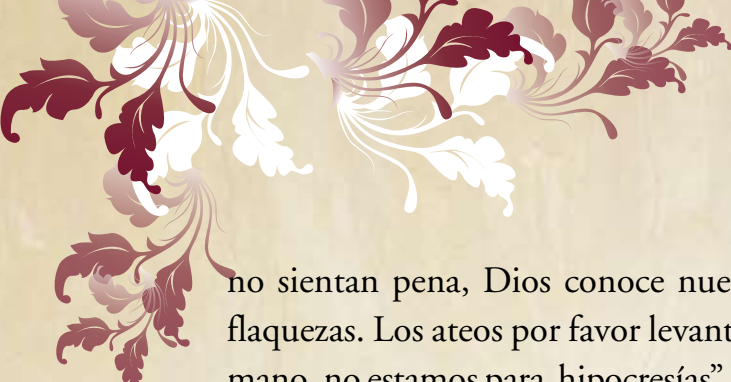
Venía de Cali para Bogotá en un vuelo nocturno. El ding dong del altoparlante anunció la voz del piloto. Ya habían pasado las azafatas con sus instrucciones somnolientas acerca de cinturones de seguridad, bolsas de oxígeno y salidas de emergencia que nadie atiende. Ding dong: “Señores les habla el capitán, viajan a bordo de un Boeing 747; el recorrido total del vuelo es de cuarenta minutos, nos encontramos sobre Ibagué y en instantes, sentirán un giro a la derecha, nos internaremos en la Cordillera Oriental rumbo a Bogotá. Habrá turbulencia leve. Gracias por escoger nuestra aerolínea.” La turbulencia fue fuerte y nadie se alarmó. La información, aunque sea falsa, desarma. Un temblor brusco se prolongó más de lo anunciado; para ser exactos iba en aumento. Paradójicamente, pensó, el silencio que se escucha no es ni un síntoma a favor ni en contra de una tragedia. La vibración corrió a lo largo del aparato y del alma de los pasajeros. En segundos



todo estaba claro: la confusión era total. Un tripulante balbuceó por el altoparlante: 'ding dong' y no se le entendió la súplica; trataba de irradiar calma con la voz quebrada. Las azafatas, tan compuestas al momento del sándwich, pasaban corriendo con sus tacones planos, de un lado a otro del avión, en un movimiento frenético e inútil. El pico del aparato se inclinaba. 'Ding dong': "perdemos altura, una turbina cesó en su esfuerzo y nos coloca en posición de alerta" dijo, con tres eufemismos, el copiloto.

El razonador, a diferencia de los pilotos, sí estaba preparado para este momento. "No serán más de cinco minutos", calculó el ingeniero de vuelo. "De todos modos siempre es mejor guardar las esperanzas" y su alma se metió en la concha del terror. Cinco minutos eran la eternidad, igual cuatro o seis, razonaba. En el infinito la adición pierde sentido.

Infinito más uno, o más dos, o menos mil da igual: infinito. Era la eternidad y era el fin; un instante después no serían siquiera polvo sobre polvo. Como los fumadores, como los motociclistas no sólo sabían de qué morirían, sabían cuándo. Todos se preparaban. El último ritual comenzaba: unos la cédula en el bolsillo para evitar dolores adicionales a la familia; otros besos desesperados a los crucifijos, escapularios o imágenes de billetera; los conocidos se abrazaban derrotados; los ancianos, adicionalmente, se acomodaban la corbata, sin advertir la insensatez del ademán. La luz y el aire fluían normalmente. El jugador se atrevió, ahora o nunca, y con voz fuerte y tranquila los retó: "No pierdan el tiempo implorando, no cambiarán el curso del avión, ni reactivarán la 'turbina cesante'. Los que crean en Dios arreglen sus cuentas. Los que no, cambien de bando;



no sientan pena, Dios conoce nuestras flaquezas. Los ateos por favor levantar la mano, no estamos para hipocresías”. Nadie la levantó. “Ya veo, ando entre gente piadosa; los entiendo, los perdono y les apuesto. Pascal probó la conveniencia de creer en Dios: si Él existe y no creemos, nos condenamos; mas si no existe y creemos, nada perderemos. Pues no. No creo en demonios. Niego a Dios, y contrario a mi estilo, apuesto a pérdida. Si Dios existe, cóbremenla en el más allá, mi blasfemia me condena; y, si no existe, gano, pero no habrá nadie para saberlo. Mi triunfo coincidirá con la nada. Aunque a pérdida, juego. Mi naturaleza lo exige. Prefiero perder un hipotético cielo a mi dignidad, efímera y real.” Todos callaron y el avión se estrelló.

El olor de anestesia, mugre y alcohol abrieron una rendija en su conciencia. No se confundió con una estadía en el

cielo; sabía leer desde el fondo de su cerebro de evidencias que había sobrevivido al choque y la apuesta quedaba inconclusa. Supuso, premisa no explícita, que al menos dos morirían él incluido, y no se cumplió. En su ánimo verificador se lamentó: “Hasta a los buenos positivistas se nos escapa un dato”. Mientras pensaba, si la creencia en Dios es verificable y su no-existencia apenas es falsable, se impone una conclusión a los empiristas: creer en Dios. Así entre la lógica y la agoría retornó a la fe de sus abuelos. Que ironía, deducía, lo que no logró el cura Garavito en tantos años de catequesis lo viene a establecer un simple silogismo convaleciente. Su conciencia estaba tranquila, guardaba un as bajo la manga. De haber perdido, no se condenaría, pues por andar calculando, midiendo y experimentando, su porcentaje de pecados era muy bajo comparado con el de muchos creyentes piadosos.

René Avilés Fabila

## Los fantasmas y yo

Siempre estuve acosado por el temor a los fantasmas, hasta que distraídamente pasé de una habitación a otra sin utilizar los medios comunes.

